

La fe de Moisés (11:23-29)

La fe que se aferra a la sangre de Cristo. v. 28

Introducción:

Ya hemos visto tres actos de la fe perseverante de Moisés, y ahora encontramos un cuarto acto. Como dijimos en un estudio pasado, los dos personajes a los cuales el autor de la carta a los Hebreos le dedica más tiempo en el tema de la fe son Abraham y Moisés. Y esto no es gratuito, pues, el autor tiene un propósito específico, el cual consiste en mostrarles de manera contundente a los creyentes judíos que los dos personajes a los cuales ellos consideraban sus padres prominentes, se habían caracterizado, no por depender o confiar en ciertos ritos, ceremonias o leyes religiosas; sino por entregarse completamente a una vida de fe.

Moisés fue el gran legislador de Israel, y todas las leyes religiosas, ceremoniales y civiles fueron dadas a través de él para el pueblo judío, pero Moisés mismo no dependía de estos ritos para su salvación. Él vivió una vida de fe y todos sus actos procedieron de la misma. Él aprendió que el “*justo por la fe vivirá*” (Ro. 1:17), y que esta fe debe estar depositada en Dios a través de la perfección de Cristo.

Tal vez uno de los ritos o fiestas religiosas más importantes para los judíos era la celebración de la pascua. Los varones judíos de todos los confines de Israel procuraban asistir, por lo menos, a una fiesta anual en Jerusalén, y la de la pascua era una de las más concurridas. Esta celebración tenía un profundo significado para los judíos, pues, ella marcó el inicio de la nación de Israel en esa memorable noche en la cual fueron liberados por completo de la ignominiosa esclavitud egipcia.

Aunque con el transcurrir del tiempo esta fiesta se convirtió en algo pomposo y ritualista, la primera pascua careció de todo ello y estuvo marcada por un acto supremo de la fe salvadora. Dios había prometido liberar al pueblo de la opresión egipcia, luego de estar cuatrocientos años en esta poderosa nación. Pero esta liberación no vendría a través del esfuerzo humano, sino solamente a través del poder de Dios. En un principio Moisés pensó que para liberarse del opresor enemigo se requería la fuerza bruta, pero ahora Dios le

muestra que la liberación vendrá a través del derramamiento de la sangre. ¡Qué instrumento tan extraño! ¿No?

Precisamente la fe se fortalece en lo que parece imposible. ¿De qué manera se liberaban las naciones esclavizadas de los imperios que les oprimían? A través de la lucha armada. Pero ahora Dios le dice a Moisés que la fe no usa esa clase de armas; es más, la fe no depende en nada de ningún esfuerzo humano: “*No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos*” (Zac. 4:6).

Los lectores de la carta a los Hebreos debían aprender bien la lección que el autor viene dando desde el principio de la epístola, que la salvación no viene por cumplir con ciertos ritos religiosos, sino solamente por la gracia de Dios, pues, “*por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras para que nadie se gloríe.*” (Ef. 2:8-9). Moisés fue salvo solamente por la fe, así como lo fueron sus predecesores: Abel, Noé, Abraham, Isaac, Jacob y José. No hay otra manera de gozar el favor de Dios. Si ellos querían abandonar a Cristo para confiar en los ritos de la Ley de Moisés, entonces estaban manifestando estar en contra de la fe de Moisés, el cual solo confió en la sangre inmaculada del verdadero Cordero Pascual para su completa salvación.

De entrada podemos decir que el autor de la carta no está de acuerdo con la teología de los que creen que en la antigua dispensación las personas se salvaban por cumplir la ley y que ahora somos salvos por gracia. En el capítulo 11 de Hebreos hemos aprendido que todos los que han sido salvos, desde el principio de la creación hasta ahora, y de seguro hasta el final de la historia, solamente lo han sido por la gracia de Dios, sin necesidad de obras.

Ahora, como dijimos en un estudio anterior, la verdadera fe conduce a su poseedor a abandonar al mundo, a despreciar los placeres terrenos que se oponen a Dios, a negarse a sí mismo; pero nada de esto tiene sentido si no se abraza a Cristo, sino se llega al punto de abandonar toda confianza carnal en las propias obras para depender enteramente del sacrificio sustitutivo del Cordero de Dios. El punto culmen de la fe de Moisés es presentado en esta escena, al celebrar la pascua como un acto de suprema confianza, no en él mismo ni en sus fuerzas, sino en la redención que Dios obra a través, no de nuestras obras, sino del sacrificio de nuestra verdadera pascua, la cual “*es Cristo*” (1 Cor. 5:7).

Antes de entrar en el análisis de nuestro texto, permítanme hacer una aplicación para la iglesia hoy día, en lo que respecta a los métodos de evangelismo, basado en los hecho de la fe de Moisés, pues, considero que, siendo que nuestro autor está hablando de la fe salvadora, la secuencia que él nos presenta también tiene como fin ilustrarnos cómo es que una persona llega a Cristo, y por lo tanto, nos da una base para establecer el método bíblico de la evangelización. Tomaré textualmente lo que dice Arthur Pink: “La celebración de la pascua y la aspersion de la sangre no es lo primero que se registra de Moisés. Ningún hombre puede ver el valor de la sangre de Cristo, si su corazón todavía está envuelto en el mundo. Ningún hombre puede creer en Cristo para salvación si él está decidido a “*gozar de los deleites temporales del pecado*” (Heb. 11:25). El arrepentimiento precede a la fe (“*arrepentíos y creed en el evangelio*” Mr. 1:15; “*acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo*” Hch. 20:21), y el arrepentimiento es un pesar por el pecado, un odio al pecado y un apartarse del pecado; y donde no hay un arrepentimiento genuino, no puede haber “*perdón de los pecados*”¹.

“Por la fe celebró la pascua y la aspersion de la sangre, para que el que destruía a los primogénitos no los tocara a ellos” v. 28.

La celebración de la pascua marcó el inicio del éxodo o la peregrinación hacia la tierra prometida. Esto estuvo relacionado con la última plaga de juicio que Dios envió sobre los egipcios. Luego de nueve plagas, en las cuales el poder del Señor obró atormentando al Faraón y a su pueblo, pero preservando a la nación escogida; Moisés se presenta donde el incrédulo Rey y le dice que debe dejar ir al pueblo a adorar a Dios, junto con todos sus animales. Obviamente, el Faraón, siendo endurecido por Dios mismo, rechaza tal petición y le advierte a Moisés que no se presente más ante él porque de lo contrario morirá (Éx. 10:28-29).

Moisés, efectivamente, no vería más el rostro del Faraón, pues, esa misma noche el pueblo se prepararía para iniciar el éxodo definitivo que los conduciría a la tierra de la bendición.

El Señor le dijo a Moisés: “*A la media noche yo saldré por en medio de Egipto, y morirá todo primogénito en tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sienta en su*

¹ Pink, Arthur. An Exposition of Hebrews.

trono, hasta el primogénito de la sierva que está tras el molino, y todo primogénito de las bestias. Y habrá gran clamor por toda la tierra de Egipto, cual nunca hubo, ni jamás habrá. Pero contra todos los hijos de Israel, desde el hombre hasta la bestia, ni un perro moverá su lengua, para que sepáis que Jehová hace diferencia entre los egipcios y los israelitas” (Éx. 11:4-7). De manera que Dios enviaría su final y más doloroso juicio sobre el enemigo del pueblo de Dios, iniciándose así la gran liberación. Sin armas y sin que el pueblo tuviese que luchar para conseguirla.

Ahora, ¿por qué el pueblo de Israel estaría libre de la muerte de sus primogénitos? No era por sus buenas obras, ni por su propia justicia, pues, las Sagradas Escrituras nos enseñan que *“no hay justo, ni aún uno”* (Ro. 3:10). La gracia electiva de Dios había escogido a este pequeño pueblo de díscolo corazón para que fuera suyo: *“Por amor de mi siervo Jacob, y de Israel mi escogido, te llamé por tu nombre”* (Is. 45:4). Por esa gracia el Señor los preservaría de la visita de su ángel, bajo cuya presencia debían morir todos los primogénitos. Pero la gracia del Señor nunca viola su santidad y justicia. No solo los primogénitos de los egipcios debían morir, sino también los de Israel, pues, todos se encontraban en la misma situación espiritual, como luego se dejará ver en la travesía del desierto, donde el pueblo, una y otra vez evidenciaba su incredulidad. De manera que para evitar la muerte de los primogénitos hebreos se requiere un sustituto, alguien que derrame su sangre y muera por ellos.

Este es el sentido de la fiesta de la pascua de que habla nuestro autor sagrado. Dios le ordenó a Moisés *“Hablad a toda la congregación de Israel, diciendo: En el diez de este mes tómease cada uno un cordero según las familias de los padres, un cordero por familia. El animal será sin defecto, macho de un año; lo tomaréis de las ovejas o de las cabras. Y lo guardaréis hasta el día catorce de este mes, y lo inmolará toda la congregación del pueblo de Israel entre las dos tardes. Y tomarán de la sangre, y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas en que lo han de comer. Y aquella noche comerán la carne asada al fuego, y panes sin levadura; con hierbas amargas lo comerán. Y lo comeréis así: ceñidos vuestros lomos, vuestro calzado en vuestros pies, y vuestro bordón en vuestra mano; y lo comeréis apresuradamente; es la Pascua de Jehová. Pues yo pasaré aquella noche por la*

tierra de Egipto, y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto, así de los hombres como de las bestias; y ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto. Yo Jehová. Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto” (Éx. 12:3-13).

El cordero pascual, sin defecto, se constituyó en el sustituto para que la muerte no causara estragos en el pueblo elegido. Dios proveyó el camino de la redención y esta solo vino a través del derramamiento de la sangre. Pero, ¿Cómo es posible que el simple hecho de sacrificar un animal y poner su sangre en la puerta principal de la casa librara a sus habitantes de la muerte destructora que esa noche cobijaría a todo el territorio de Egipto? ¿Cómo es posible que a través de esta ceremonia tan extraña Dios les diera la liberación? Solamente *por la fe* se pudo celebrar *la pascua y la aspersión de la sangre*.

La institución de la Pascua fue un acto de fe similar a la de la construcción del Arca por parte de Noé. Dios había hecho prodigios en Egipto y había derramado juicios terribles, y no obstante, el Faraón se mantuvo inflexible ante la petición de dejar salir al pueblo de Israel. ¿Por qué ahora una ceremonia tan extraña iba a garantizar que el Faraón cambiaría de opinión y les dejaría ir? Si en verdad Dios les daría la liberación esa noche, ¿Porqué dedicar tiempo a participar de una cena amarga y de un ritual tan sangriento, en vez de estar haciendo provisiones más productivas para la salida? ¿Por qué la aspersión de la sangre tendría un efecto tan notable?

Se requirió un ejercicio de la fe en Moisés para ir al pueblo y darles las instrucciones para la celebración de la pascua, pues, ninguna de las promesas de Moisés se había cumplido. El pueblo estaba cada vez bajo mayor opresión a raíz de la intervención de Moisés y sus poderosos milagros sobre Egipto. ¿Quién le creería ahora que con esta ceremonia lograrían la victoria final? ¿Dónde están las lanzas o las espadas? ¿Dónde están los cañones que retumben en el palacio del Rey y les conquiste la victoria? ¿Vencerán al Faraón solamente con la aspersión de la sangre de un manso e insignificante cordero?

Lo que parecía absurdo e imposible para la razón humana, fue alcanzado victoriosamente a través de la fe. Por la fe no solamente Moisés tuvo valor para enfrentarse al pueblo

incrédulo y darles las instrucciones para la celebración de la pascua, sino que el pueblo aceptó; celebró la pascua, derramaron la sangre y lograron la victoria.

Esa noche el ángel de Jehová pasó por todo Egipto causando la muerte de los primogénitos tanto de hombres como de animales; ni siquiera el primogénito del Faraón se salvó de morir; más ningún primogénito de los hijos de Israel o de sus animales murió, en cuya puerta de la casa se había puesto la sangre del cordero pascual.

Moisés pudo comprobar una vez más que las Palabras del Señor tienen el poder de producir fe en los oyentes. Él solo tuvo que hablar lo que el Señor le indicó y Dios se encargó del resultado. Moisés no tenía razón humana alguna para pensar que el pueblo creería que a través de este ritual vendría la liberación, pero él, por medio de la fe, creyó en la Palabra de Dios, la anunció al pueblo y la palabra produjo el efecto que Dios había trazado para ella: *“Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié”* (Is. 55:11).

El derramamiento de la sangre y su aspersión sobre las puertas de las casas fue un acto supremo de fe, porque, en esencia, Moisés estaba identificándose con sus predecesores creyentes al poner su confianza en el sacrificio y la ofrenda del Hijo de Dios. La pascua era un tipo de Cristo, y como tal, cuando Moisés la celebró, realmente estaba apuntando al Calvario:

1. El animal sacrificado en la pascua fue un cordero (Éx. 12:3), lo cual es un tipo de aquel que luego sería llamado por Juan el Bautista *“El cordero de Dios”* (Jn. 1:29).
2. El cordero tenía que ser tomado del rebaño (Éx. 12:5). Jesús, el cordero de Dios, se hizo hombre y así se identificó con el pueblo que iba a salvar, es decir, con la iglesia. Él fue tomado de entre los hombres.
3. El cordero debía ser separado de la grey (Éx. 12:6). De la misma manera, aunque Jesús fue tomado del rebaño, no obstante fue apartado de los pecadores (Heb. 7:26). Él fue absolutamente libre de toda contaminación de pecado.
4. El cordero pascual debía ser sin defecto (Éx. 12:5), lo cual también se aplica a Cristo: *“como un cordero sin mancha y sin contaminación”* 1 P. 1:19).

5. El cordero debía ser sacrificado. De la misma manera, el Cordero de Dios fue inmolado por nosotros desde la fundación del mundo (Ap. 13:8).

6. El cordero era “*la víctima de la pascua de Jehová*” (Éx. 12:27); así también Pablo afirma: “*porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros*” (1 Cor. 5:7).

7. La carne del cordero sacrificada en la pascua debía ser asada (Éx. 12:7-8); de la misma manera, Jesús, nuestro verdadero cordero pascual sufrió el ardor de la ira de Dios a causa de nuestros pecados.

8. No se debía quebrar ningún hueso del cordero (Éx. 12:46); de la misma manera sucedió con Jesús, a quien no le quebraron las piernas cuando colgaba en la cruz, como era la costumbre romana con los crucificados, “*para que se cumpliera la Escritura: No será quebrado hueso suyo*” (Jn, 19:36).

9. Los israelitas debían comer totalmente la carne y las partes del animal (Éx. 12:8-10), de la misma manera los creyentes (por la fe) deben “comer” la carne y “beber” la sangre del Señor Jesús: “*Sino coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él*” (Jn. 6:53-56). Cristo debe ser comido por completo, es decir, a él debemos entregarnos sin ninguna reserva. Él debe ser el deseo más grande y persistente de nuestra alma, no solo una parte de Cristo, sino todo. Lo amamos no solo como Salvador sino como Señor.

Todos los primogénitos, tanto de Egipto como de Israel, debían morir puesto que “*todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios*” (Ro. 3:23). No obstante, Moisés, por la fe, sacrificó a un cordero como sustituto de los primogénitos de Israel. Sin esa obra substitutiva los israelitas hubiesen sido esclavos para siempre en Egipto. Ellos no tenían ningún valor en sí mismos que les mereciera la liberación; solo a través del derramamiento de la sangre, es decir, de la muerte del sustituto encontrarían el camino hacia la tierra de la bendición.

La enseñanza para los indecisos creyentes hebreos es muy clara: Si ellos querían ser libres del pecado, si ellos querían realmente agradar a Dios, entonces no debían buscar el camino de las buenas obras, o de los rituales judaicos (los cuales ya demostró eran solo sombras o tipos), sino que, así como Moisés y el pueblo que participó de la primera pascua, ellos debían mantenerse confiando solamente en el sacrificio del verdadero Cordero de Dios, Cristo; pues, a través de su muerte sustitutiva ninguno de los que creen en él sufrirán la muerte eterna.

El ángel de Jehová se paseó no solo por las calles de los barrios egipcios, sino también por la de los hebreos, pues, todos pecaron contra Dios y contra todos Dios está airado. Su ira busca al pecador para destruirlo por violar sus santas leyes: *“Temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”* (Mt. 10:28). Algunos cristianos se resisten a creer en la doctrina de un Dios airado contra el pecador, pues, abusando de algunos textos donde se nos habla de Su misericordia, tratan de suprimir por completo esta fundamental doctrina de las Sagradas Escrituras. Pero así como no podemos curar un cáncer con pañitos de agua tibia, ni cubrir al sol con nuestras manos, tampoco se puede ocultar esta doctrina esencial de la Palabra de Dios.

El ángel que causaba la muerte sobre los primogénitos tenía la orden de matar a todos los pecadores, y esto incluyó también a los creyentes hebreos. Solo que cuando su espada mortífera se preparaba para herir al primogénito de la casa de un hebreo, la señal de la sangre puesta en la puerta, le indicaba que ellos habían acudido al sacrificio sustitutivo del Cordero Pascual, de manera que ahora ellos estaban libres de toda culpa y el castigo ya había sido ejecutado sobre otro.

Aunque en esta escena podemos ver la terrible e indignada ira de Dios, también es notoria su gracia. Dios mismo era quien pasaría por todas las casas de Egipto causando la muerte de los primogénitos *“A la media noche yo saldré por en medio de Egipto, y morirá todo primogénito...”* (ĕx. 11:4-5); pero el mismo que castiga, dispuso un medio de gracia por el cual muchos serían librados de la muerte. No todos serían librados, pues, los egipcios no recibieron la instrucción de la celebración de la pascua (lo cual nos recuerda la doctrina de

la elección y la reprobación, es decir, que a unos Dios los elige para salvación mientras que a otros los abandona en su propio pecado y obstinación).

Solo aquellos que creyeron en la Palabra de Dios a través de Moisés, y confiaron en la muerte sustitutiva del cordero, rociando las puertas con la sangre del mismo, conocieron el favor divino y fueron librados de gran sufrimiento.

Aplicaciones:

- Cuántas veces el Señor nos ha inquietado para que hablemos de Cristo o de su Palabra a otras personas y no lo hicimos porque llenamos nuestras mentes de “razones carnales”, argumentando que será en vano, que la tal persona no creerá, no escuchará y mucho menos vendrá a Cristo. Cuando esto hacemos manifestamos incredulidad frente al poder de la Palabra de Dios. Si vamos a hablar nuestras propias palabras o nuestros propios argumentos, entonces tenemos razón para pensar que nadie será convencido por ello, pero si vamos armados de la Palabra de Dios, ella será poderosa para convencer hasta el más incrédulo corazón. La fe perseverante no solo nos lleva a creer para nuestra salvación, sino que también nos empuja a ser osados en el evangelismo, creyendo lo que dice Pablo: *“Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas! Mas no todos obedecieron al evangelio; pues Isaías dice: Señor, ¿Quién ha creído a nuestro anuncio? Así que la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios”* (Ro. 10:13-17). No todos creerán al evangelio, pero la forma escogida por Dios para que muchos crean y sean salvos es por escucharlo. Nosotros hemos sido enviados a un pueblo duro de cerviz, pero no tengamos temor. Anunciamos la Palabra que el Señor producirá la fe en los que ha escogido para salvación.

- ¿En qué has depositado tu fe? Moisés en un principio creyó que con su fuerza podía conseguir algo, pero el resultado fue nefasto. No obstante, estando él lleno de la gracia del Señor, por la fe pudo comprender que lo más importante en esta vida no era obtener una

liberación física, sino espiritual; pues, la condición de todo ser humano es deplorable a causa del pecado que le gobierna. Moisés pudo depositar su fe en el único y verdadero sacrificio pascual que tiene el poder para limpiar los pecados y reconciliarnos con Dios. Si hay una sola cosa que la fe debe perseguir por encima de todo, es la reconciliación con Dios, y esto solo se obtiene a través de la muerte de Cristo. El autor de la carta a los hebreos no se opone a que tengamos fe en que Dios nos dará algunas cosas materiales que necesitamos, o que esperemos de él la sanidad física, o que nos bendiga económicamente, pero algo que si quiere resaltar es que las cosas que por encima de todo persigue la verdadera fe son de carácter espiritual y eterno. ¿Has buscado a Cristo cómo el único medio de salvación o estás confiando en tus buenas obras, o en el mejoramiento de tu conducta?

- Deseo hacer una aclaración relacionada con el tema de la sangre de Cristo. Algunos bien intencionados hermanos en la fe han tomado como costumbre pedir que la sangre de Cristo cubra sus cuerpos, proteja su caminar, limpie sus casas, purifique objetos, entre otros; pero esto nunca debe hacerse, pues, la sangre de Cristo fue derramada únicamente para obrar el sacrificio sustitutivo que reconcilie al pecador arrepentido con Dios. La sangre de Cristo nos limpia de todo pecado y, hablando en sentido espiritual, cuando ella es aplicada a la puerta de nuestro corazón, la culpa por el pecado y su respectivo juicio queda anulada, viéndonos Dios a partir de ese momento como si nunca hubiésemos pecado. Los ritos del antiguo culto judío solo tenían como fin enseñarnos, de manera gráfica, lo que Cristo obraría en nosotros, de manera espiritual. La sangre del cordero se roció sobre la puerta, la sangre del cabro se rociaba sobre el propiciatorio, pero tanto la puerta como el propiciatorio eran sombras de realidades espirituales más profundas, que luego nos fueron reveladas en el Nuevo Testamento. La sangre, realmente representa la muerte, es decir, somos limpiados de nuestros pecados, y somos perdonados por Dios con base en la muerte del Señor Jesucristo.